

A LAS PIÑAS CON LA VIDA

-Muchacho no podés estar siempre así, debe ser la quinta vez que venís todo lastimado... -Dijo Roberto, mientras curaba los golpes en el rostro de Adrián. ¿Además que edad tenés vos?

-Dieciséis, los cumplí hace poco. -Respondió, mientras se quejaba porque le ardían las heridas- Además usted es la primera vez que me cura, que me reta, siempre me curan las enfermeras... hay una que está linda, es la más jovencita de todas...

-Hacete el loco nomás, ya vas a ver cuando te agarre el esposo de Saya, mide como dos metros y es ancho como la puerta. -Le dice Roberto mientras limpia las lastimaduras-. Dejá de quejarte y de agarrarme la mano, que te va entrar el merthiolate en el ojo y va ser peor. Si sos tan machito para pelearte por cualquier cosa, bancatelá. No seas maricón y quejoso. Son dos puntos en la ceja derecha nomás.

-Buena, qué le pasa... yo no me quejo, solo que me arde. Vos no sos doctor me parece... -Con risas, le dice Adrián- Capaz que compraste el título o se lo choreaste a otro.

-Tenés razón, todavía no soy médico, estoy haciendo la residencia. Pero bueno, no hay otro que te cure en este momento, así que no te quejés. Miré cómo te han dejado la boca, parece que te han agarrado entre varios.

-Sí, me arde la jeta más que la mierda, apenas puedo morder, es como si me hubieran sacado los dientes con tenaza... aunque en la calle no vi sangre ni dientes. Aunque tengo miedo que me haya tragado alguno.

-Quedate tranquilo, que los dientes están todos. Ponete mucho hielo nomás, porque se te va a hinchar toda la cara, y para los golpes en el cuerpo te voy a recetar algunos desinflamatorios.

Luego de la curación, con un ojo morado y un parche en la ceja, Adrián fue mandado a su casa. Con tan solo dieciséis años, ya había estado dos veces demorado en la Comisaría del Menor por riñas callejeras. En esta oportunidad no habían radicado la denuncia porque el que salió más lastimado fue él.

Roberto esa tarde terminó el turno como a las veinte horas. La curación a Adrián había sido como dos horas antes. Cuando salió camino a su casa, lo ve sentado en la vereda del Centro de Salud. Al preguntarle que hacía allí, le respondió que no había querido irse a su casa porque tenía miedo.

-Miedo de qué... -preguntó Roberto.

-Miedo de dormirme y que se me hinche el cerebro por los golpes y me muera, eso lo vi una vez en la tele, una vez que te golpeás en la cabeza, mejor no dormirte... -Respondió convencido de la gravedad de sus golpes.

-Quedate tranquilo pibe, que no va a pasar eso.

-Qué sabes vos, si no me hiciste ningún estudio, mirá si estos chotos me desarmaron el cerebro por los golpes, y después me muero, o quedo medio enfermito como el Tiago que vive cerca de mi casa.

-Está bien, quedate tranquilo, que no hay nada de eso. Si a vos te pasa algo porque yo te atendí mal, yo voy preso y no ejerzo nunca más la medicina. -Respondió Roberto en medio de risas, al planteo

de Adrián-. De todas maneras, comentale a tu mamá o a tu papá, que cualquier cosa te lleven a la guardia del hospital, así vos te quedas más calmo y tratás de dormir que te va a hacer falta.

Con este último comentario Roberto vio que el rostro de Adrián pasaba de una expresión de dolor por los golpes a una más profunda y ausente, como si una nube negra se levantara delante de él. Esas sensaciones que se perciben y que no se sabe por qué son. La mirada opaca del muchacho reflejó cierta angustia. Cierta dolor ajeno. Cierta pasado oscuro que se presentaba como metamorfosis y no sabía cómo resolverlo. El muchacho, seguía siendo un niño, esos niños que se hacen altos, endurecen sus puños, fortalecen sus almas, pero que no son más que eso. Niños en cuerpos de grandes. Niños con rostros marcados por el dolor.

Roberto vio que el pibe empezaba a llorar. Lágrimas sueltas primero, llanto casi desconsolado después.

El residente de medicina se acercó y lo abrazó, como intentando consolarlo. A su vez, como una manera también de entender lo que sucedía. Su confusión también era grande.

-Adrián... Adrián... te pasa algo... hey, muchacho qué pasó... ¿Estás bien?

El muchacho sin responder, apoyado en el regazo de Roberto, se limitó mirar por encima de los hombros las luces que dividen el patio del Centro de Salud de su placita. Sabía que mirando las luces, a veces las lágrimas se contienen, el llanto pronto desaparece y con ello la sensación horrible de querer hablar. No quería hablar mucho con Roberto, aunque le había parecido un tipo macanudo, pero esa sensación de ahogo y abandono lo empujaba como a un niño llamado por el peligro.

-Es que yo no tengo ni a mi vieja ni a mi viejo... -Soltó finalmente.

Roberto sin saber qué decir, solamente lo miró a los ojos

-El hijo de puta de mi papa la mató a mi vieja, cuando yo tenía seis años. La mató por celos. La mató a golpes. Mi viejo está en la cárcel. Le quedan como diez años más. Y yo si voy una vez al año a verlo, es mucho. Es que me dan unas ganas de cagarlo a trompadas. Vos no sabés lo horrible que es. Por otro lado, yo qué sé, es como que no puedo odiarlo a mi viejo. Me enojo y no voy más.

Roberto escuchó el relato de Adrián, casi sin emitir opinión, simplemente sosteniéndole la mirada. Veía a su vez, cómo se distendía e iba hablando de ese pasado que lo dañaba por dentro, que le estrujaba el alma, que lo torturaba con golpes secos en todo el cuerpo.

-Sabés lo que es peor, todos los recuerdos que tengo de ella son con los ojos hinchados, llorando, tenía siempre la cara como luna llena... -Siguió comentando Adrián- Yo, ahora es como si la estuviera olvidando. Me estoy olvidando su cara. Tengo dos fotos guardadas pero no es lo mismo. A veces me dan ganas de tirar o de romper esas fotos. A veces quisiera olvidarme de ella. Siento que no tiene mucho sentido acordarme siempre de mi mamá. Qué sentido tiene si ya no vive. Cuando iba a la iglesia me decían que yo me iba a reencontrar con ella, pero yo no sé, ya no creo mucho en Dios. Yo me pregunto lo que se pregunta mucha gente. Porque si existiera Dios, eso no le hubiera pasado a ella, si era buena conmigo y con mi hermana. Y a veces yo extraño, pero no sé lo que extraño. Extraño cosas más bien que nunca viví. No sé lo que es que una madre y un padre se quieran y que quieran a sus hijos. Es como si extrañara algo que nunca tuve. Muy poca gente me habla de ella ahora. Yo quedé prácticamente solo acá.

-¿Qué familia tenés ahora? ¿Con quién vivís? –Con voz temblorosa preguntó Roberto.

-Con una hermana de mi papá. Labura todo el día lo único, tiene tres hijos chiquitos y un esposo más pelotudo que bonito. Es el padre de los dos más chiquititos. Yo por eso, ya muchas noches me voy a dormir a mi casa. Está cerca de la casa de mi tía, aunque a veces me da cagazo y es cuando me vuelvo a dormir con ella, está complicado el barrio... Mi tía vivió mucho tiempo en esa casa, hasta que compró el terreno y armó la casa que tiene ahora con el tonto del marido.

-¿Y tu hermana?

-Se la llevó una hermana de mi mamá a Córdoba. Vive allá. Yo he viajado en el verano para allá. Pero hace mucho que no voy. No me dan ganas de ir la verdad. Ella tenía dos años cuando pasó esto y yo seis. Nos llevaron a los dos allá pero, hace tres años, yo me vine para acá, y vivía con mi tía en mi casa. De ahí fue donde volví a ver a mi papá de nuevo. Mi hermana no lo ha vuelto a ver. Yo no sé si eso está bien o mal, yo creo que debería verlo. Pero me imagino que no debe saber cómo es él. Yo sí me acordaba porque era más grande. No creo que ella se acuerde. Aunque es una cabrona, vive re bien, mi tía tiene una sola hija y a ella, que es como si fuera su segunda hija. Brenda le dice tía, no le dice mamá. Aunque algún día suponete que voy para allá y escucho que le dice mamá a mi tía, le pego una sola cachetada para que aprenda que ella es su tía y no su madre.

Roberto miró el reloj vio que se le hacía tarde. Observó los ojos de Adrián, ya estaba más calmo, con una profunda tristeza, pero más serena la mirada. Entonces le propuso que mañana se acercara por el Centro de Salud y conversar un poco más.

-Pero tenés que dejar de andar peleando, te va a traer más problemas que ventajas... -Continuó diciendo Roberto- sabés bien que a medida que vas creciendo la cosa es más complicada... sos un buen pibe que ha luchado y lucha como ha podido. Haceme caso, no pelees más.

-Yo te juro que cada vez que peleo con alguien... veo la cara de mi viejo... le veo la cara en la cara que golpeo. Como si con cada piña cada paliza que recibo, con cada golpe que me dan, reviviera cada uno de los golpes que mi madre recibió cuando mi papá la usaba como bolsa de boxeo. Qué querés que haga. Sé que es una situación muy difícil. Pero se da así. Yo no elijo pelear. Es como si me llamaran a pelear. Juro que hay días que no quiero pelear, pero no puedo de otra manera. Quizás deba hacerme boxeador. Averiguar en algún lugar para recibir clases de boxeo. De paso también aprendo, ya que varias veces me han hecho mierda. Hay gente que no tiene piedad cuando te pega. Yo jamás le pego a alguien que está en el piso, pero a mí estos hijos de putas, me agarraron hoy en el piso, decí que me tape la cara con los brazos si no me la revientan peor. Pero me pegaron unas patadas re fuertes en las costillas y en los brazos. Lo que pasa que hace como dos semanas lo cagué a piñas al hermano menor de los tontos que me agarraron ahora, un día me hinchó las pelotas y lo cague a piñas. Pero bueno, le dijo a los hermanos más grandes y a los primos... y estos son los que me agarraron a la salida de la canchita. Eran cuatro, dos de ellos casi que no se metieron, pero los otros dos, me parece que son los hermanos, me pegaron un montón. La ceja me la partió porque me pegaron un cabezazo. Sé que es terrible eso. Ya estoy acostumbrado. Es como te decía al principio, en cada piña que pegó, le pegó a la cara de mi papá. Y cada piña que recibo es el dolor que sintió mi mamá. Te voy hacer caso capaz, no voy a pelear más. Hoy me dolió, me dolió mucho.

Después de haber hablado y sin dar tiempo para que Roberto le diga algo, Adrián se despide y se pierde en la plaza, el residente camina hasta su auto y mientras lo pone en marcha piensa en cuánta pena da saber que la historia de este pibe es más común de lo que parece. Niños condenados a esa violencia constante. Esa pelea constante por sobrevivir, por no poder escapar de lo común que los rodea en su vida cotidiana. Qué difícil es la vida de Adrián. Qué dura.